

Dos mujeres y Amélie Nothomb

Yubely Andrea Vahos Hernández

(Colombia, 1996-v.)

Historiadora y Magíster en Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Profesora universitaria. Autora de un libro, un capítulo y dos ensayos.



Resumen

La novela *Barba Azul*, escrita por Amélie Nothomb,¹ es una reelaboración del conocido cuento homónimo. En ella, la autora actualiza algunos de los temas que han hecho célebre al cuento francés. La valoración que los hombres construyen de la curiosidad de las mujeres, el deseo violento de un hombre poderoso, la posibilidad de una rebelión femenina. Este texto, a medio camino entre el ensayo y la narración, constituye un diálogo con la obra de la escritora belga en torno a dos tópicos: el surgimiento del deseo y la mirada masculina.

Palabras clave

Amélie Nothomb, amor, Barba Azul, deseo, mirada

¹Nacida en 1967 en Japón por las ocupaciones diplomáticas de su padre, la baronesa Fabienne Claire Nothomb, más conocida como Amélie Nothomb, es una afamada escritora belga, miembro de la Real Academia de la Lengua y de la Literatura Francesa de Bélgica. Ha recibido numerosas distinciones, entre las que cabe destacar el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa, el Gran Premio Jean Giono, el Premio de Flore, el Premio Cultural Leteo, el Premio Arzobispo Juan de San Clemente y el Premio Renaudot (nota del editor).

No observó la dirección definitiva de la mirada ni advirtió la luz oscura que le encendía los ojos ante ella. Es cierto que se encontraba sentada frente a él, pero había dejado de mirarlo: toda su atención se centraba en una vibración levemente lejana y oscura que parecía buscarla desde siempre y le otorgaba otra textura a la voz que manaba desde esa boca de hombre que sabía tan próxima.

Sin embargo, incluso en momentos como ese, ella podía intuir cuándo la mirada de otro la rodeaba, la encendía. La luz de la mañana recorría el suelo, y sucedió. En un instante, la voz parpadeó, algo en ella se detuvo, algo en él avanzó.

Ella dejó el pocillo sobre la mesa y apoyó la mano en su pierna. Permaneció así, durante varios segundos. Un estupor callado la retenía, le impedía tragar la saliva untada de café que se le agolpaba en la punta de la lengua. No recorrió su piel con la yema de los dedos, pero se supo dotada de una suavidad que invitaba a ser rozada, besada. Supo que los mechones de pelo que se recostaban en su hombro desnudo se habían iluminado con la frescura lacerante de una caída de agua. Él la había mirado. Se había vaciado por completo de sí para llenarse de ella.

La autora belga Amélie Nothomb habría sonreído con una suerte de malignidad tersa ante todo aquello. “El mundo no ha tenido aún suficientes Saturnines”, pensaría antes de marcharse y dejar sola a esa mujer que guarda silencio. La Saturnine de sus pensamientos es la protagonista de su novela *Barba Azul*, una mujer joven que, tras convertirse en la coinquilina de un noble español anodino y excéntrico, descubre una noche, con ansiedad y temblores, que don Elemirio también era atrayente y peligroso. Lo descubre al encontrarse consigo misma, altiva y fatal, en la mirada que hasta entonces le resultaba insustancial. Esa noche llega hacia la mitad de la historia y obliga al lector a ver lo leído con la luz de una pregunta: ¿Por qué Saturnine empezó a apreciar esa mirada? Pregunta que, además, podemos hacernos respecto de la mujer iluminada: ¿Por qué la otra mujer se reconoció en el presagio de esos ojos?

Hay en la novela de Nothomb una suerte de protocolo que Saturnine recorrió paso a paso, sin darse cuenta, y por ello, sin poder evitarlo. Empezó por permitirle hablar, hablar demasiado sobre sí mismo a ese hombre al que creía mitad loco, mitad pedante. Él discurría sobre sus ideas mientras que ella le tendía trampas para desvelarle sus contradicciones y fragilidades:

—En efecto. Llevo mi honestidad hasta el extremo de prevenirla.

—¿Y si me marcho?

—Es usted libre de hacerlo.

—No me marcharé. No me da miedo.

—Tiene razón. Soy el ser más fiable que conozco.

—Curiosa respuesta. Las personas que se declaran débiles son igual de peligrosas que las otras.

Sin embargo, Saturnine aflojaba el cerco en el que lo retenía de tanto en tanto para que él arremetiera nuevamente, y, al hacerlo, le obsequiaba una pequeña dosis del brebaje adictivo de su desprecio vehemente e irónico. Si cabe alguna duda, este es el final de la conversación citada previamente:

—Merece usted casarse conmigo.

—Usted es el que no me merece.

—Me gusta que se sobrestime hasta ese punto.

—Ni siquiera eso. Solo que no estoy enferma.

¿Hay postre?

Ella —llamemos ella a la mujer que permanece sentada y saborea esa mirada— había trenzado un combate suave con ese hombre. Solían encontrarse para hablar, y la pequeña mesa en la que apoyaban los utensilios del café se tornaba en un erial de cacería. La trampa que él desplegababa era simple: mostrarse locuaz y reflexivo; astuto e ingenuo; voraz y aquietado. El tema podría ser un libro que ambos hubieran leído y ella encontraba bueno. Él se obstinaba en cuestionar la validez de las metáforas, la originalidad de la trama, la fuerza evocadora de aquella atmósfera. Ella arremetía contra sus argumentos: se reía de sus ejemplos forzados,

hincaba los dientes en la pulpa de aquella inteligencia al recordarle que la originalidad solo les preocupa a los fabricantes de zapatos, se instalaba en la atmósfera del libro para alejarse del hombre que despreciaba sin mucha convicción.

Desde ese espacio le permitía hablar como quien deja que un gato juegue con el borde de su falda. Es decir, prestaba el interés suficiente para reír y replicarle las ideas, y el desinterés suficiente para convencerlo de que podría estar en otro sitio. Sin embargo, cuando estaba a punto de levantarse, dejaba caer un comentario que casi le daba la razón al obstinado: “A veces a García Márquez se le olvidaba que era un buen escritor. A veces se le olvidaba releer lo que había escrito”, y cruzaba la puerta sin pensar que él podría verse plasmado en estos versos de Anne Carson: “Hoy no he ganado. Pero quién sabe si ganaré mañana. // Eso es lo que se diría a sí mismo bajando las escaleras. // Entonces ganó”. Consentir, aunque sea poco, es un gesto peligroso.

Los encuentros entre Saturnine y don Elemirio se sucedían entre un sopor blando y vagamente inquietante, construido con alcohol y tenedores, luz tenue y plexiglás. En ese escenario doméstico, la joven dio el siguiente paso. El español sabía mucho de cosas que a ella le interesaban lo suficiente para mantener tenso el hilo del diálogo, pero los pilones de su saber se apuntalaban en grandes hoyos de desconocimiento. Él podía llevar postres supremos a la mesa, sin pensar, como pensaba Saturnine, que después de una cena con *saint-honoré* era imprescindible una copa de champán:

- No sabía que le gustara el champán
- balbuceó él.
- ¿A usted no?
- No lo sé.
- ¿Para qué ser rico si no es para beber excelentes champanes? Usted que está obsesionado por el oro, ¿no sabe que el champán es la versión líquida del oro?

Ella había aproximado al noble a algo que a partir de entonces le resultaría indispensable. El oro es una metáfora muy exacta a este respecto, porque para un amante del lujo y el goce, que apreciaba la dificultad que entrañaba la obtención de ciertas cosas, que confiaba en las artes de las manos y en las tretas del tiempo, ese licor constituía un soporte para sustentar la idea que tenía de sí mismo. Pero Saturnine no adoptó la actitud definitiva de una sacerdotisa. Le abrió las puertas de una necesidad con la misma serenidad descuidada que habría adoptado si, en lugar de champán, le hubiera ofrecido un vaso de agua. Saturnine no parecía saber —o si sabía no le inquietaba en absoluto— que cada sorbo que bebía don Elemirio era un eslabón de la cadena con la que ese hombre la ligaba a su destino. “Nunca amamos a alguien en concreto —escribió Fernando Pessoa—. Amamos tan solo la idea que nos formamos de alguien. Es un concepto nuestro. Es, en suma, a nosotros mismos lo que amamos”. Alguien debería haberle dicho a Saturnine: ten cuidado, ten cuidado.

Fuera de los palacetes de París, los gestos suelen ser menos resplandecientes, pero cualquiera que se decidiera a escrutar con cierta atención encontraría en el discurrir de ella —la seguiremos llamando ella— actos tan elocuentes como los de Saturnine. Durante el sopor que sucedía a la hora del almuerzo, o durante el ocio lánguido de un lunes con cerveza al final de la tarde, ella le dejaba, casi descuidadamente, pequeños sorbos de miel. Rastros untuosos que sugerían su boca afilada.

Tú —que podrías ser ese alguien atento— la escucharás defenderse cuando se lo digas. Recuérdale entonces aquella vez en la que lo encontró enorme y voraz como un sol a punto de destruirse. Recuérdale que ella le hizo frente a esa melancolía llorosa y ególatra marchándose y enviándole estos versos de Claudio Bertoni: “somos ridículos / hasta cuando / de noche / somos solo una tripa / que se infla / y se desinfla. // que tiembla de pronto / que se peda / que suda / que habla en sueños / que se retuerce / que se levanta como un zombi / y mea”.

Ella replicará que tú le estás dando la razón, que tomó aquellas palabras para decirle que recordara la escala justa de sus dramas, diría ella. Pregúntale entonces si no habría sido más fácil decirle eso que te ha dicho a ti, ahora.

Pregúntale —y exígele franqueza— si cree que para un coleccionista de piedras que suele dibujar abismos es lo mismo eso que aquello —el poema—. Pregúntale, aunque en verdad lo estés sentenciando, si no piensa que le regaló una dosis de desequilibrio. Pregúntale si no se ha percatado de que él lo necesitaba tanto. Recítale este pedazo de los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot: “Perseguir su rastro como antes / Pero reconciliados entre las estrellas. // En el punto quieto del mundo que gira”. Pregúntale si no supone que la mujer que regala necesidades podría convertirse en el punto quieto de su mundo enloquecido. Pregúntale.

Después de ese darse al otro, ambas mujeres se retrajeron, dieron un suave —aunque nada definitivo— paso atrás. Actuaron como un niño que tras conocer la naturaleza de la Concepción humana se percató de que se ha enterado demasiado pronto y se queda quieto, con la mano en la cara, y decide simular que no sabe, que es inocente todavía. Saturnine optó por volver a las conversaciones livianas y afiladas, con la honestidad sin dobleces que le ofrecía su mejor amiga; se concentró como nunca en la rutina de su trabajo; caminó sin prisa por las calles de la ciudad; se devoró el anochecer desde algún parque. Llegó más tarde a casa. Ella —ya es tarde para dejar de llamarla ella— encontró un pequeño cúmulo de correos que debía enviar con urgencia; apreció más de lo habitual la conversación con su compañera de oficina que quería contarle algo sobre nuestra huella hídrica y lo horribles que somos, que hemos sido siempre; se entretuvo con el gato que se acercó a morderle los cordones de los zapatos. Llegó, sí, a tomar con él el café del almuerzo cuando faltaba poco para regresar a sus puestos de trabajo.

De cualquier manera, las dos mujeres solo dieron un rodeo para postergar ese instante que iba a ocurrir.

Porque son más largas, porque existen nombres para designarlas, porque hay un bosque de emociones debidamente ordenado para narrarlas, lo que suponemos fundamental del deseo es la suma de horas que vienen después del instante de lava y miel que les sobrevino a ambas mujeres. Nos importan las caminatas de dos sombras tomadas de la mano entre rocas, las frases definitivas que se dicen los amantes cuando están sentados en un café, las tardes que se disuelven en una cama desecha. Nos importa también el sabor soso del desencanto en la segunda cita, el momento en que uno de los que podrían haber sido amantes descubre en el otro un defecto que le resulta insoportable, la grieta de la distancia que se ensancha con los días. Nos interesa el deseo que llega a ser ternura; nos importa el deseo que dimite cuando recién empezaba algo nuevo.

Del instante fundacional se dice tan poco. Pero Amélie Nothomb enumera con rigor quirúrgico las sensaciones que se adueñaron de Saturnine justo después de percatarse de lo ocurrido: “algo se agarrotó en su interior”, “sintió que un éxtasis de desgarradora sutileza se apoderaba de ella”, “hubo conmoción en las manos y luego en las mejillas de la asombrada joven”.

El ansia más absoluta de otro, o la lucha contra el propio cuerpo para no sentir esa necesidad; es decir, los sentimientos que asociamos con el descubrimiento del deseo, serán experimentados por, o, incluso, contra ese momento. Amélie Nothomb lo precisa de esta manera: “Cuando uno se enamora, negocia consigo mismo a destiempo, aunque solo sea para comprobar si se permite vivir semejante absurdo”.

Saturnine decidió la suerte de sus sensaciones contra la atrocidad de amar a un asesino, y al hacerlo, apartó de sí el destino que le estará reservado a ella —no importa ya cómo se llama— si sigue adelante. Se volverá una adicta de la intensidad, buscará en él esa dosis maldita que la hizo amarle, ese dardo que ella misma había ayudado a construir. Ni los caminos ni la quietud ni el sudor ni el silencio serán demasiado. Se plegará, se revelará, lo dará todo y lo arrebatará todo para sentirse, una vez, y otra vez, el punto quieto del mundo que gira.